

Bill Hillmann **Corriendo con** **Hemingway**

Un mozo americano en los sanfermines

«Bill Hillmann es un valiente. Por suerte, en Estados Unidos hay muchos aficionados a las corridas como Hemingway y Hillmann.»

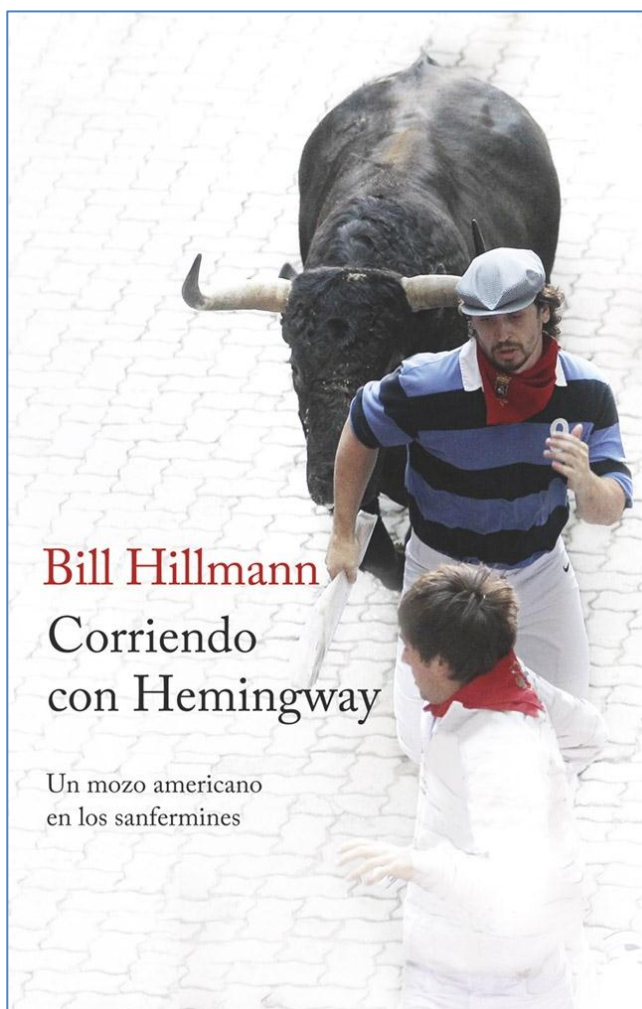
Mario Vargas Llosa

«Bill Hillmann es uno de los personajes más seriamente *hemingwayanos* que yo he conocido jamás, dentro y fuera de Pamplona. Cómo describir su suavidad heroica. El año pasado salvó a un guiri que, como él ahora, había sido corneado en el encierro, y lo hizo con una finura y una dulzura... casi como si le diera miedo que se notara que estaba sacando a un herido en brazos.»

Anna Grau, Cuarto poder

«Un *Elige tu propia aventura* como no hay otro.» **National Public Radio**

«Bill Hillmann es una de las pocas personas capaces de expresar con palabras el caos de los corredores, el escalofrío tras una cornada y el poder curativo de prácticamente desangrarse en una mugrienta callejuela en España.» **Esquire**



Corriendo con Hemingway

Un libro publicado por Ediciones Península

Fecha de publicación: 21 de junio de 2016

Precio: 18,90 € / Núm. de páginas: 272

ISBN: 978-84-9942-521-4

<http://www.planetadelibros.com/libro-corriendo-con-hemingway/213428#soporte/213428>

SINOPSIS

Tras años de peleas callejeras y problemas con todo tipo de sustancias, Bill Hillmann, un estadounidense al borde del abismo, decide seguir los pasos de Hemingway hacia Pamplona, donde descubre en los encierros de San Fermín una irrefrenable pasión por los toros y el toreo. Desde entonces, y de ello hace ya más de una década, Hillmann acude sin falta cada año a los sanfermines, una fiesta en la que ha encontrado, más que una escapatoria de la rutina, un sentido vital. Y todo pese a encontronazos con los toros como el que en 2014 casi le cuesta la vida...

PRÓLOGO, por John Hemingway

«En este libro, [Bill Hillmann] baja con el lector a las calzadas de adoquines que conforman los novecientos metros del encierro de Pamplona. Describe los olores, la adrenalina y los sonidos que te rodean en uno de los acontecimientos más peligrosos que he visto o en los que he participado. También explica con gran acierto por qué él y tantas otras personas sienten tal pasión por este evento, que no es un deporte ni una carrera, sino más bien una celebración de la vida y de los ancestrales inicios de la civilización humana. Los corredores, los mozos, son los sirvientes de los toros bravos, esos astados de lidia españoles tan poderosos, rápidos y ágiles.»

«Las Fiestas de San Fermín le han enseñado que lo importante al correr no es ser el número uno o recibir la mayor atención, sino vivir el encierro con intensidad y ser generoso con sus compañeros. Lo cierto es que resulta sorprendente oír decir eso a un estadounidense que además ha ganado un campeonato de boxeo *amateur* Golden Gloves, pero expresa el auténtico espíritu y la magia de Pamplona mejor que cualquier otro discurso que haya oído jamás. “La fiesta está en la calle”, como dicen en la ciudad. Millones de personas acuden a ella cada año, y en general hay muy poca violencia, sólo fraternidad y diversión.»

«*Corriendo con Hemingway*, el libro que Bill Hillmann ha escrito con tanta maestría, es un tributo a esta tradición centenaria de lectura obligatoria para cualquier persona interesada en experimentar y comprender este acontecimiento extraordinario.»

EXTRACTOS DEL LIBRO

«A los veinte años, las autoridades me encerraron por defenderme de tres niños ricos que habían humillado a mi novia. **Herí muy gravemente a uno y me condenaron a tres meses en la prisión del condado, donde dos de los guardias abusaban de los reclusos.** Esa experiencia me enfureció y me apartó de la sociedad.»

«Había estado en el Mardi Gras de Nueva Orleans varias veces, pero Pamplona durante las fiestas es diez veces más salvaje, y su parte vieja es cinco veces mayor, más antigua y más bonita que el Barrio Francés. La gente en los sanfermines no tiene ese tufillo de estar de vuelta de todo que tienen los jóvenes que van a Nueva Orleans a desmadrarse. También hay una décima parte de la violencia que se vive en aquellos carnavales; estas fiestas son una locura pacífica. »

«**La obra de Ernest Hemingway me cambió la vida. Me crié en Chicago, en el barrio de Edgewater, donde las drogas y la violencia eran moneda corriente.** Mis padres dejaron los estudios a los trece y los catorce años. Eran muy leídos y autodidactas, pero las notas, desde luego, no eran una prioridad en casa. Mamá incluso sobornaba a mis profesores para que yo pasara de curso. Mi hermano era adicto a la heroína y miembro de una banda, y acabó en la cárcel por robo a mano armada. Una bala perdida disparada desde un coche le dio a mi hermana y casi la mató.

«Me llevó a una psiquiatra. Fuera, en el coche, me dijo que era una verdadera oportunidad en la vida. Que debía contárselo todo a la psiquiatra, o no podría ayudarme, y que podría morir o hacer algo horrible si no hablaba con ella.»

LA HERIDA DEL MILLÓN

«Intenté correr por el centro, pero el caos me empujó al lateral con facilidad. Me quedé cerca del túnel, jadeando y frustrado. Había corredores primerizos por todas partes, y los espectadores del vallado empezaron a gritar por algo que estaba pasando al principio de Telefónica. Más allá, las largas varas de sauce de los pastores atizaban a los turistas. Me abrí paso hacia el alboroto cuando de pronto un suelto apareció frente a mí. Era *Brevito*, de la ganadería de Victoriano del Río, un toro alto, negro, inmenso, de más de quinientos kilos. Se lanzó con los cuernos contra los corredores, que se dispersaron. Miguel Ángel Pérez y David Rodríguez corrieron con maestría delante, guiándolo con los cuerpos y con constancia a los toriles.

Los seguí con la plaza a la espalda y pasé junto a tres corredores británicos con camisetas azules a juego. El animal, inmenso, trotaba hacia mí; me agaché y extendí el periódico enrollado en su campo de visión. Lo vio y se le acercó mientras me erguía y respiraba profundamente. Los gruesos

cuernos se extendían largos y amplios. Enseguida conectó conmigo y avanzamos por la calle como si fuéramos uno. Miguel Ángel Pérez corría a mi lado, los dos a un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a la bestia; el maestro y el alumno, reflejos mutuos a ojos de *Brevito*, que se calmó por un momento. Extendí la mano libre atrás para avisar a quien estuviera cerca de que me acercaba, pero uno de los británicos de camiseta azul gritó y me apartó la mano, y no quiso apartarse de mi camino. Un poco más adelante, uno de sus amigos se aferraba al vallado, gritando aterrado. En mi primer encierro yo estaba igual: asustado y creando peligro.

Cuando el toro cargó, me habían atrapado en una especie de triángulo sin escapatoria. Al intentar esprintar para salir, me tropecé con los pies de uno. Sentí que el toro se acercaba e intenté aprovechar la inercia para recortar, pero el tercer rubio me estampó la mano en el torso y me lanzó contra el animal. Caí de espaldas delante de él, asombrado por la velocidad a la que se desarrollaba aquel acontecimiento glorioso. Dos de los británicos se cruzaron delante del animal y uno se me cayó de rodillas sobre el pecho. El impacto me hizo levantar la rodilla derecha. Los cuartos delanteros de *Brevito* se doblaron y su propio peso lo derrumbó con la cabeza caída y el cuerno apuntándome. El pitón me golpeó el muslo. Sentí el pinchazo de una aguja y después la nada más absoluta. Me levantó por los aires despacio y con elegancia.

Me agarré el paquete y pensé: “Gracias a Dios que no ha sido en las pelotas. Quiero tener hijos”.

No sentí dolor, solo la majestuosa embestida arriba y en dirección al vallado. El cuerpo se me retorció con él y la pierna me pasó por entre la barrera esquivando milagrosamente el tablón central. **Entonces el cuerno se deslizó afuera y caí sobre los toscos adoquines en zigzag de Telefónica. De espaldas, me agarré a la valla e intenté escabullirme por debajo. *Brevito* volvió a cornearme la pierna con un golpe corto. Me miró a los ojos y su furia hizo que el cuerno me vibrara dentro.** Por su mirada iracunda supe que podía arrastrarme de vuelta a la calzada y matarme. Sin embargo, decidió ser clemente conmigo, sacó el cuerno y desapareció. Jesús, el sanitario que me había atendido varias veces, me agarró por los brazos y me arrastró por debajo del vallado para ponerme a salvo. Por un instante estuve solo.

Bajé la mirada a los pantalones rasgados y la herida en carne viva, del tamaño de una pelota de béisbol, casi esperando que no estuviera. “¿Qué te has hecho, Bill?” El interior del muslo se me había hinchado como una burbuja inmensa y parecía como si alguien hubiese metido la mano y hubiese arrancado un puñado de carne del centro. Era un agujero profundo, con la piel desgarrada en tres jirones triangulares, como papel de regalo abierto. La sangre brotaba de un segundo agujero en la parte posterior y se me derramaba por la pantorrilla hasta el zapato. Escudriñé la profunda herida, que parecía un ojo cóncavo y sangriento, y una voz interior me dijo pausadamente: “Acéptalo. Sabías que este día llegaría”. Levanté la mirada al cielo y después la volví a bajar al horrible agujero.»

EPÍLOGO

«Mi misión es presentar el encierro como lo que es: un arte hermoso con raíces profundas en España y el conjunto de la humanidad; una tradición que me ha cambiado la vida y me ha convertido en una persona más humana. »

EL AUTOR

Bill Hillmann es boxeador, con varios trofeos de juventud en su haber. Es autor de una novela, *The Old Neighborhood*, muy bien acogida por la crítica. Vive en Chicago, pero desde 2005 cada mes de julio viaja a Pamplona a correr los sanfermines, de los que se ha convertido en el experto de referencia en los países de habla inglesa.